

16 PAGINAS, 15 CÉNTIMOS

Año 1º  
Num.º  
14

# La Caricatura

22  
Octub  
1892



## Exposición de pinturas.

- ¿Qué te ha gustado más? Los cuadros de historia, los de género, los retratos, las acuarelas, las esculturas...
- ¡Oh, no! nada de eso; mi encanto son los bodegones; sobre todo, los bodegones.
- Mujer, ¡por Dios! Te creía de gustos más delicados. ¡Di siquiera las fondas ó los restaurantes!



## La parca fría.

—Diga usted, hombre fúnebre; ¿a quién se le ha cortado el hilo de la existencia?

### EL RETRATO

I



MARIQUITA se ha empeñado en que su niño ha de ser pintor; pintor de fama, como Pradilla.

—Eso nace con la criatura,—le ha dicho un amigo de la casa.

Pero Mariquita no quiere oír razones y ha tomado un maestro de dibujo para que inicie á su Luisín en el arte de Apeles.

El niño no sabe leer de corrido, ni conoce las reglas elementales de la aritmética, ni tiene la menor noticia respecto de la historia de España; lo único que sabe es que su mamá quiere hacerle pintor á toda costa, porque ama el arte y porque siempre tuvo aspiraciones sublimes.

—Ya que he tenido la desgracia de casarme con un ser vulgar, quiero que mi hijo se eleve sobre el nivel común,—decía ella.

—¿Qué era papá?—preguntaba Luisín.

Tu papá era una persona ordinaria, pero dulce al mismo tiempo,—contestaba la madre.—En toda su vida no ha hecho otra cosa más que buscar la manera de purificar el sebo. Tenía una fábrica de velas, que fué la causa de nuestra ruina.

El maestro de dibujo perdió la salud y la

paciencia, sin lograr que Luisín supiera hacer un ojo, ni delinear una nariz, ni reproducir un dedo; y un día, cansado de luchar con aquel bruto, cogió los lápices, se los guardó en el bolsillo del gabán y dijo á la madre del chico:

—Ea, yo me voy para siempre.

—¿Por qué?

—Porque este niño es un pedazo de atún.

—¿Don Floro!

—Está dicho; prefiero ir á arrancar piedras en la vía pública antes de dedicarme á desanar jumentos.

Y se fué escaleras abajo echando demonios.

No por eso se curó la mamá de su dulce manía y trajo un nuevo profesor, que á las primeras de cambio cogió á Luisín por el cogote y lo tiró contra una cama, diciendo:

—¿Anda y que te enseñe á dibujar el nuncio, pedazo de bárbaro!

—¡Grosero! ¡Hombre sin educación!—gritó Mariquita encarándose con el maestro.

Este no quiso replicar, por no enfadarse, ni percibir sus honorarios, ni nada: lo único que hizo fué dar media vuelta y salir á la calle, diciendo entre dientes:

—El chico es un adoquín; la madre una ioca. Huyamos.

Mariquita entonces decidió que el chico estudiase solo, porque estaba visto que los profesores eran unos tíos sin educación y unos envidiosos. Luisín valía, ¡vaya si valía! Lo único que le perjudicaba era la fuerza de la imaginación. No quiere sujetarse á las reglas ridículas, dictadas por los maestros, y de ahí el enojo de estos señores.

—Desde hoy vas á estudiar tú solito y verás como no tenemos disgustos,—decía la mamá.

—Anda, coge el lapicero y copia esta lechuga.

El niño se ponía á dibujar delante de la hortaliza y acababa por hacer un besugo; ó una palmatoria, ó un paraguas.

—¿Está bien?—preguntaba satisfecho.

—Está precioso,—respondía la madre cogiendo al chico y llevándosele á la boca como si se lo fuera á comer.

Y así transcurrieron dos ó tres años.

II

Luisín ha crecido mucho y hoy continúa dedicado al arte con gran satisfacción de doña Mariquita, que le tiene por una notabilidad.

El muchacho se pasa la vida dándole á la brocha y gastando un dineral en lienzo y colores. Hoy pinta un cordero sentado al pie de un chopo, que parece un aguamanil; al día siguiente una chula tocando la guitarra, y todo el mundo cree que es un saco de noche. De cuando en cuando va á buscar á un amigo que es cachazudo y amable, como él solo, y le dice:

—Te necesito.

—¿Para qué?

—Para que me sirvas de modelo. Quiero pintar un árabe feroz y sanguinario.

Y coge al amigo, le envuelve la cabeza en una toalla, hácele empuñar un sable, y le sienta en el suelo con las piernas en cruz.

—¡Quieto!—le dice.—A ver si adoptas una actitud enérgica.

El pobre amigo pone la cara feroz y se deja copiar con toda mansedumbre, hasta que acaba por quedarse dormido como un cachorro.

Luisín grita entonces:

—¡Eh! ¡Levanta esa cabeza! ¡Frunce el entrecejo! ¡Dirigeme una mirada iracunda!

Cuatro ó cinco días después, Luisín presenta á su mamá el retrato del árabe feroz, y ella no puede menos de estrechar al artista entre sus brazos y besarle en la frente con frenesí.

—¡Ay, qué hijo me ha dado la Providencia! ¡Qué artista tengo aquí!—grita entusiasmada la pobre señora, en tanto que dice el amigo:

—Bueno; ¿pero ése es un árabe?

—Ya se ve que sí,—contesta doña Mariquita.

—Más bien parece un carnero.

III

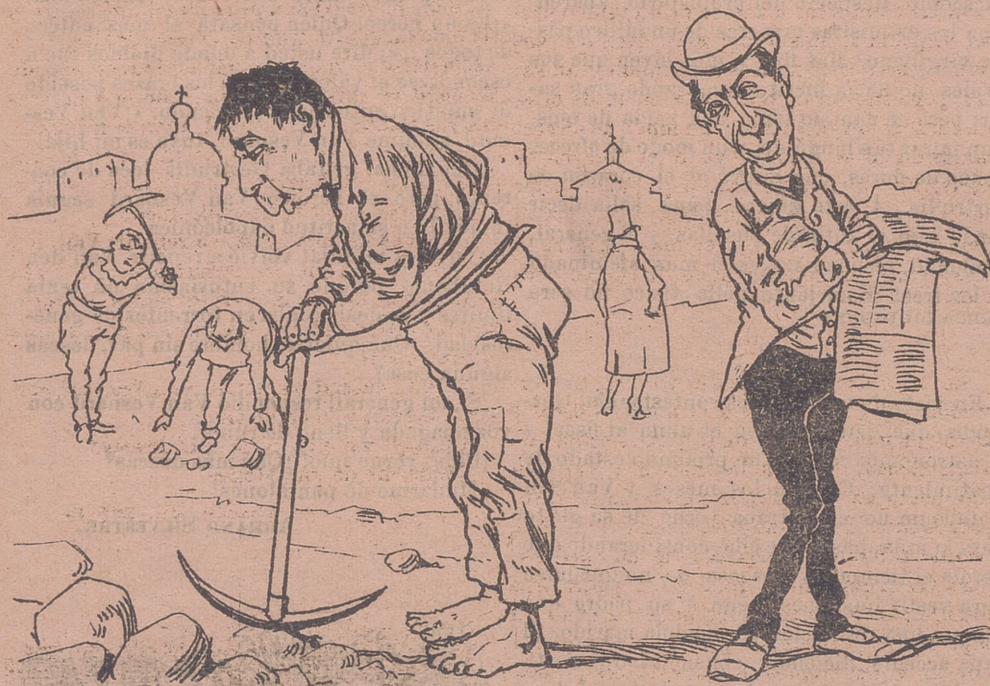
Luisín ha hecho el retrato de su mamá, vestida de negro, para presentarlo en la Exposición de Bellas Artes.

Doña Mariquita ha ido á ver á los señores que componen el jurado de admisión y les ha dicho:

—Yo sé que hay muchas intrigas y es muy posible que no quieran ustedes admitir el cuadro de mi hijo. Por eso vengo á ver á ustedes. Sé que le tienen mucha envidia todos los compañeros.

—¿Dónde está el cuadro?—preguntó uno de los señores.

—Aquí,—respondió la madre del artista, y fué á buscar á Luisín que estaba en la ante-



— Están duras, ¿eh?



— ¡Vaya si están duras!

sala esperando órdenes.

— Entra hijo mío, — dijo doña Mariquita. — Presenta tu obra á estos señores.

El chico descubrió el cuadro, que estaba tapado con una cocha.

— ¿Conocen ustedes á la persona retratada? — pregunta la mamá llena de júbilo.

— Ya lo creo. — dijo sentenciosamente uno del jurado. — Está muy parecido.

— ¿Quién es? — replicó otro.

— ¿No lo está usted viendo? D. Práxedes Mateo Sagasta.

LUIS TABOADA.

## TITIRIMUNDI

Así se titula la última obra de nuestro querido compañero Luis Taboada.

La firma de Taboada es una de las más populares de España, y por tanto, no necesita nuestro elogio, por otra parte innecesario, en este escritor más que en ninguno.

Su último libro es, si cabe, mejor y más chispeante que los anteriores, y digno del éxito que alcanzaron *Madrid en bruma* y *Vida cursi*.

Va precedido de un prólogo de D. Jacinto Octavio Picón, y contiene graciosos y correctos dibujos de Cilla.

No se puede pedir más por 3,50 pesetas que cuesta *Titirimundi*.

## CONCURSO DE FEOS



TRABAJO nos ha costado, y no poco, dar por terminado este concurso, que en mala hora abrimos.

Si fuéramos á juzgar por los resultados obtenidos, podría asegurarse que no hay feos en esta hermosa tierra de garbanzos. Sólo once, de los cuarenta y dos retratos que reci-

bimos, merecieron los honores de la publicidad.

Cerrado ya el concurso, se procedió á la elección de jurado clasificador, y aquí fué ella! Todos, absolutamente todos los jurados electos renunciaban al cargo por considerarse poco competentes en la materia.

En vista de esto, los redactores de LA CARICATURA, venciendo nuestra natural modestia, nos constituimos. Es decir, procedimos al escrutinio. Con la mano puesta en el corazón, ó viceversa, juramos á ustedes que no ha habido trampa.

Se han recibido noventa y siete votos.

Ha obtenido mayoría, en primer lugar, el publicado con el número 10

Q. R. R., DE PALMA

El segundo lugar ha correspondido á

M. G., DE MEDINA DEL CAMPO

La Redacción de LA CARICATURA concede el título de

### Primer feo de estos Reinos

al Sr. D. Quintín Ramírez Roda, y á su debido tiempo le enviará el título extendido en pergamino y con caracteres góticos.

Pueden, tanto D. Quintín Ramírez Roda, como D. Manuel Góngora, recoger los regalos ofrecidos.

Días después de cerrado el concurso, recibimos una carta de D. Juan Rogado, de Betanzos, en la que asegura ser él y no otro el primer feo de España, ó cuando menos, de Galicia. Quizás el haberse acordado un poco tarde ha privado á este señor de la satisfacción de honrarse con el deseado título de «primer feo». Es una lástima, porque cuando él lo dice!...

De todos modos, nuestra enhorabuena al señor D. Juan Rogado.

## CUENTOS FRANCESES

### LA ELECCIÓN DE UN YERNO



El bueno del general Van den Rataboum se hallaba perplejo ante las delicadas y excepcionales condiciones en que debía de casarse su hija Gertrudis; no porque ésta hubiera dado jamás pábulo á murmuración alguna, pues Gertrudis era un ángel de virtud y un hermoso querubín (he reparado que suelen distinguirse con el nombre de querubines á los ángeles abultaditos de cuerpo, sobre todo posteriormente, circunstancias que concurrían en nuestra heroína); mas el general quería entregársela á un valiente; á un hombre de mucho corazón y serenidad en los mayores peligros; y su esposa, ya en el lecho de muerte, le había obligado á prometer, bajo solemne juramento, no admitir por yerno á ningún militar. Y no se crea por esto que la difunta señora vivió intranquila ni en constante zozobra con los peligros de la guerra á que se expusiera el general, quien alcanzó las más elevadas graduaciones en la milicia de su patria sin oír silbar una bala; pero el tal, con pretexto de que todo émulo de Marte nace para el mando y para el amor, fué muy déspota en su casa, y lejos de ella, amante desenfrenado del bello sexo, amigo de echar ternos como un soldadote y de blasfemar como un carretero.

He aquí las razones que abonaban la exigencia de la señora Van den Rataboum, y por qué, al exhalar el último suspiro, ansiaba precaver en su hija tan grave inconveniente, como el de casarse con un oficial general de semejante calaña.

Era preciso, por lo tanto, buscar el futuro yerno entre los ciudadanos de profesiones tranquilas y sedentarias, entre aquellos que están dispuestos á defender sus intereses mejor que su piel. Pero, ¡oh desdicha! En Bergop-Zoom, donde el general vivía retirado, todos los habitantes tenían el carácter más dulce y apacible del mundo, y estaban poco inclinados á dar muestras de valor, maltratando á su prójimo, ya de palabra ó ya de obra, pues iba pasado medio siglo de no verificarse ningún duelo en aquella localidad.

Tres pretendientes se ofrecían á Gertrudis, y los tres gente acomodada: el propietario Van Vesnard, el fiscal Van den Mounisch y el gran astrónomo Van Trouspette; pero sin motivo justificado, nuestro general los suponía cobardes. El fiscal, hablaba en voz atornadora si el objeto era empeorar la situación de los desgraciados que yacían bajo el poder de la justicia, encerrados en una cárcel; el astrónomo, lleno de entusiasmo científico, era capaz de introducir á cualquiera por los ojos el sol, la luna, las estrellas y hasta el

telescopio. Respecto del propietario, aparentaba las exquisitas maneras de un idílico pastor virgiliano. Más fino y más joven que sus rivales, no hacía méritos mostrando gran saber; pero en cambio tenía una caída de ojos, y un mirar tan lánguido, y un modo de ofrecer ramos de flores, que subyugó el corazón de Gertrudis. A éste quiero, papá, solía decir por lo bajo al autor de sus días, y el general, gruñendo, respondía: «¡es el más afeminado de los tres! ¡Semejante pollo tísico no será nunca mi yerno!»

### II

En vista de tan enérgica contestación, Gertrudis, que detestaba con el alma al fiscal y al astrónomo, cayó en un profundo estado de abatimiento. Corrían los meses y Van den Rataboum no encontraba yerno de su gusto para la niña, hasta que ella, considerando que perdía el tiempo, y deseosa de no quedarse para vestir imágenes, rogó á su padre que tomara una resolución eligiéndola marido. El papá accedió, diciendo: «bueno, haré cierta prueba, y juzgaremos el valor de tus pretendientes.»

Llegó el momento de ejecutarla, sin que Van den Rataboum hubiese descubierto á nadie la forma de llevar á cabo aquel concurso del valor.

Dió un banquete al que fueron convidados el fiscal, el astrónomo y el propietario. Mientras la comida, experimentaba Gertrudis crueles angustias, creyendo que el pugilato consistiría en proporcionar á los invitados un cólico para nombrar su marido al que lo recibiera con mayor serenidad; pero el general engullía de lo lindo de todos los manjares, y estas sospechas se desvanecieron en absoluto cuando acabó el *gaudeamus* felizmente. «Será otra prueba, discurría Gertrudis; pero, ¿cómo va mi padre á medir el valor de los pretendientes?»

Se levantaron los comensales de la mesa, y el general dispuso un paseo por su vasto y magnífico jardín. La noche había cerrado; las lucientes estrellas brillaron en el firmamento, y las sombras proyectaban caprichosos dibujos. Oíase el amoroso gorjeo de los ruiseñores en los árboles, y lejos, hacia el bosque, el canto del mochuelo. De repente interrumpe la grata armonía, ruido de tallos que se mueven y ramas que se desgajan. Un terrible bandolero armado hasta los dientes, sale de entre las espesuras y dispara al aire sus pistolas. Era un antiguo asistente del general, á quien disfrazó, dándole la consigna de infundir miedo á los convidados.

Cuando el humo de los tiros se hubo disipado, Van den Rataboum, muerto de risa, vió al fiscal en el suelo y boca abajo; al astrónomo en cuclillas tras de un árbol, cuyo tronco movía la fuerza de sus temblorosos miembros; y sólo Van Vesnard estaba en pie, impasible, con las piernas ligeramente entreabiertas, como Napoleón cuando inspeccionaba el campo de batalla y tenía una mano apoyada á la espalda.

El general quedó sorprendido y atónito

contemplando tanta bravura, y exclamaba: «¡Es un héroe! Quién pensara el más enteco de todos... ¡Mire usted á dónde diablos fué á esconderse el valor!» Abrió los brazos poseído de enfático entusiasmo, diciendo: «¡Van Vesnard, sublime Van Vesnard, tuya es mi hija!»

¡Qué dicha! gritaba Gertrudis loca de contento; pero el heroico Van Vesnard seguía inmóvil en su actitud napoleónica.

¡Tuya es mi hija! volvió á repetir Van den Rataboum porque su entusiasmo no tenía límites y se desbordaba en torrentes de generosidad. ¿Qué quieres, hombre sin par, deseas alguna cosa?

¡Sí, mi general! respondió Van Vesnard con voz apagada y lleno de rubor.

¡Píde, yerno mío! ¿Qué más deseas?

¡Mudarme de pantalones!

ARMAND SILVESTRE.



### CORTEDAD

—Lo dejé, chica, porque no servía para nada. Era tan corto, tan corto, que se libró de quintas por corto de talla.

### GUÍA COLOMBINA

Es un libro que recomendamos á cuantos con motivo de las fiestas visiten á Madrid.

Es la guía mejor y más completa de cuantas hasta ahora se han publicado. Contiene noticias de interés, descripciones curiosísimas, numerosos fotografías que reproducen cuanto de notable hay en la corte; y un hermoso álbum de poesías y pensamientos de todas las eminencias literarias y políticas. Examinando aun sin detenerse la obra, se admira la enorme cantidad de trabajo que para llevarla á feliz término se han impuesto los Sres. D. Manuel Jorroto Paniagua y don Isidoro Martínez.

Se vende al precio de 7,50 pesetas.



3 AMERICANAS, 3 PESETAS

—Diga usted: ¿es verdad que dan tres americanas por ese precio? Y... ¿son de abrigo?

## MICROBIOS



**B**UEN laboratorio es el del doctor Claridades! Asómese usted, me dijo un día el tal doctor, asómese y verá lo que es bueno. Aquí, dentro de este recinto—continuó—no podrá usted estudiar los agentes terribles que producen fiebre amarilla, cólera, viruela y tantas otras infecciones. Pero si no

esos microbios que andan por el mundo sembrando desolaciones y muertes, podrá ver otros que producen fieros males. Microbios grandes, y perdone usted la paradoja, que tienen microscópica la buena intención ya que no el cuerpo.

Y yo me colé de rondón en el gabinete de Claridades, lleno de curiosidad, deseando ver aquellas maravillas, que á sus anchas estudiaba mi colega.

Nada de microscopios ni de reactivos. Esparcidas por las mesas de trabajo vi onzas de oro y letras de cambio. El gran reactivo para los hombres, según me indicó el amable cicerone. Con una onza de oro se prepara á cualquier sujeto y se le pone en condiciones de verle hasta los entresijos del alma, suponiendo que el alma tenga entresijos.

En lugar de lentes amplificadoras, usa Claridades las ofertas, las amenazas, las dádivas, y el gran socarrón va conociendo á los unos y á los otros, y ha podido estudiar esos

microbios que todos los días nos proporcionan pesadumbres.

—Ve usted,—me dijo el doctor,—á este sujeto? Es un microbio de cuenta. Producto directo de la envidia vive para martirizar á los dichosos. Muerde en los felices con una rabia inconcebible; y son sus enemigos el que se encumbra por méritos propios, y el que logra posición con un trabajo, y el que descuella de la masa vulgar. A todos cuantos se encuentran en tales condiciones, les tiene declarada la guerra y les proporciona torturas con su veneno. Le he estudiado perfectamente. Es un tipo miserable, pero temible. Con el desprecio se atenúan algo sus efectos; pero si á pesar del desprecio no se consigue contrarrestar su influjo, es útil en muchas ocasiones apelar á la punta de la bota.

Este otro, y me señalaba á un zarramplín escondido en un ángulo de la sala, es el producto de la maldad y la tontería, por partes iguales. Hace daño por hacerlo, no por objeto especial ni por móvil determinado. No puede ver á nadie satisfecho; le irrita la alegría ajena, y gozaría con ver el cielo desplomado sobre la tierra y convertidos á todos los habitantes de este planeta en una gran tortilla. Yo he procurado obtener medios con que atenuar sus efectos, pero nada. No hay otra manera de evitar sus malos pensamientos que eliminarle del mundo. Cosa ésta de todo punto imposible, pues los microbios de su especie abundan extraordinariamente.

Aquí hay otro ejemplar notable, me dijo Claridades. Yo le contemplé con animosidad.

Era un zagalón grande de cuerpo, abotagado, con mucha carne sobre los ojos, y que se movía de una parte para otra rehuendo las miradas.

Este obedece á sugerencias del despecho y del rencor. Vive junto á los dichosos y no puede serlo. Intenta brillar en el mundo y no lo logra. Siempre se encuentra postergado; cuanto codicia se le veda. Después de todo, este microbio es un infeliz que se muere en un rincón sin que nadie le haga caso; sus propios rencores le ahogan. ¡Pobrecillo!

¡Aquí está el microbio de la pedantería!—gritó Claridades enseñando á un caballero de ceño fruncido y gesto desdeñoso.—Este es el peor engendro de cuantos produce la estupidez. Dé usted á este sujeto campo libre y una choza para vivir, y se queda en la condición tolerable, aunque siempre patológica de sandio; pero entréguele usted unos cuantos libros, y apenas los haya leído, se convierte en pedante, y Dios nos libre de su trato. Se hincha ante todos y ante todo; habla despaciosamente; menudea las citas de autores, y bebe los vientos por ser de cualquier Academia; á veces lo consigue, y produce más estragos en las ciencias y en la letras, que el cólera morbo asiático en las personas.

Muchos más microbios me enseñó el doctor, y por cierto que yo conocía anteriormente á aquellos sujetos sin saber, sin sospechar siquiera, su maligna condición. Después de la visita reflexionando sobre lo que había visto, deduje lo siguiente:

Los disgustos, los contratiempos, las adversidades que en el mundo se sufren, son á modo de dolencias, y estas dolencias,—decía muy bien el doctor cuando hablaba en su laboratorio—las producen los seres insignificantes, los microbios sociales, en los que nadie se fija, pero que ejercen un maligno influjo así á la chita callando, como el microorganismo que se éntra sin sentir en la sangre y mata.

Mira uno el agua cristalina, el ambiente diáfano, y nada. Todo parece puro; el agua transparente y el aire incoloro. Y sin embargo, en el aire y en el agua están los gérmenes de enfermedades de muerte. Mira uno á su alrededor en la sociedad, y sólo se fija en lo notable, en lo grande, y adquiere confianza, y sin embargo, los insignificantes, los que no hacen viso, Perengano ó Fulanito, son los que producen disturbios, los fautores de la mayoría, si no de todas las íntimas calamidades.

¡Ah, pícaros microbios! Se defienden con su pequeñez, y cualquiera es capaz de atraparlos; hay que ser un sabio para distinguirlos en la gran masa del mundo. Los que no lo somos, tenemos que cargar con el papel de víctimas.

Para evitar este contagio no hay recurso posible. Los microbios lo van invadiendo todo, y hay que resistir su contacto y exponerse á las naturales consecuencias de él. Y es lo más triste del caso que á lo mejor estrecha uno la mano de cualquiera, creyéndole un amigo, y resulta que hemos estado tocándole los dedos á un bicho malo.

J. FRANCO RODRÍGUEZ.



CALINO DE LUTO

—Pero, ¿cómo ha sido esa desgracia? ¿Tan de repente! ¿Qué le pasó antes de morir?

—Pues que se puso muy grave.

## CONFIDENCIAS

Queridísima Dolores:  
Por tu carta he comprendido  
Que no aceptas mis amores  
Porque me paso metido  
El día entre bastidores.

Y supones indignada  
Que en lugar tan pernicioso,  
Durante la temporada  
Me pasará haciendo el oso  
A toda actriz contratada.

Mas como tengo interes  
En ser dueño de tu amor,  
Vuelvo á insistir como ves  
Para deshacer tu error  
Y que me juzgues después.

Cualquiera adivinaría,  
Que si voy y me entretengo  
En Eslava noche y día,  
Es sólo porque allí tengo  
Entera la hacienda mía.

Y jamás se me ha ocurrido  
Tener líos y belenes;  
Allí estoy tan comedido  
Que ni una mujer me ha oido  
Decir, buenos ojos tienes.

Y aunque yo fuera un don Juan  
Tenorio de bastidores,  
Sería inútil mi afán,  
Porque no sabes Dolores  
Las actrices como están.

La Arana, buena chiquilla,  
Muy tratable y muy barbiana,  
Y aunque asegure *Padilla*  
Que le resulte *feilla*  
A mí me gusta la Arana.

Sin decir que sea bella  
Como una Venus de Milo,  
Pero sé por su doncella  
Que yo no le gusto á ella  
Y me quedo tan tranquilo.

La González. Un primor,  
Pero si le hablas de amor  
Te manda al punto al demonio,  
En cuanto ve un escritor  
Se acuerda de Celedonio (1).

La Cardoso. Guapa es,  
Pero, ¿no es para estar harto  
El que con gran interes  
Cada vez que entro en su cuarto  
Me presente un portugués?

Fuera del coro no hay nada  
Que se preste á la conquista,  
Porque la que no es casada

(1) J. de A.



### García, pastelista.

—Nos ha engañado usted, y ha hecho usted mal. Se nos presentó como pintor; dijo que había enviado algo á la Exposición, y, en efecto, acabo de leer que ha enviado unos pasteles. Más breve hubiera sido decir que era usted repostero.

Tiene palabra empeñada  
O la protege un artista.

Y el coro ¡No puede ser!  
Cuando me habla una mujer  
Del estómago y del flato  
Le mando bicarbonato.  
¿Cómo me van á querer?

Con que supongo, Dolores,  
Que ya te habrás convencido  
Y aceptarás mis amores  
Aunque me pase metido  
El día entre bastidores

CELSE LUCIO.

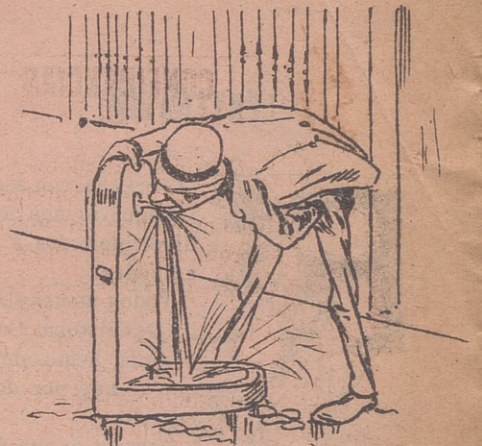
No hay mal que por bien no venga.



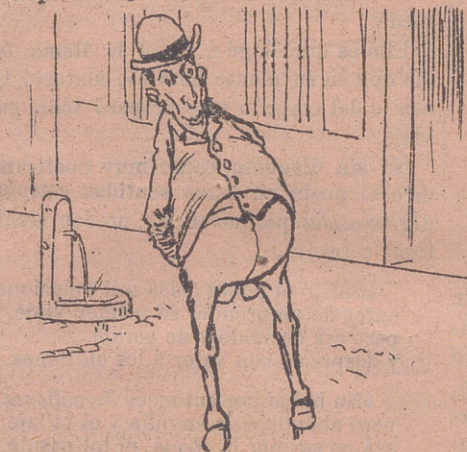
1.—Está muy sabroso este bacalao, pero muy sabroso.



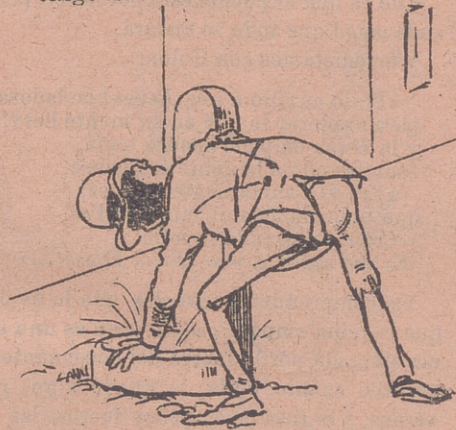
2.—Lo malo es que si me da sed no tengo un céntimo.



3.—Estas fuentes deben ser idea de algún concejal que comía bacalao.



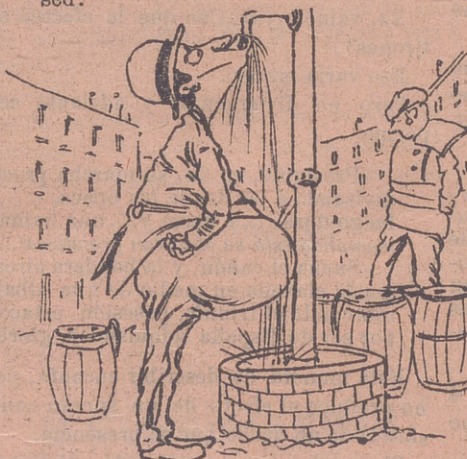
4.—Vamos, ya parece que no hay tanta sed.



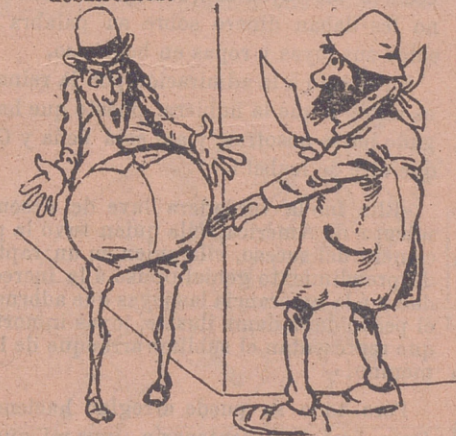
5.—Otra fuente; ¡qué caramba! no la desairemos.



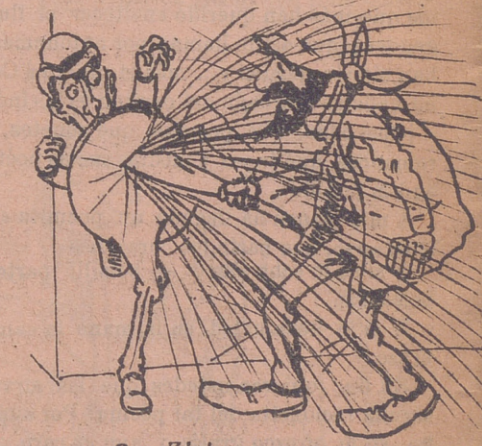
6.—Esto se va arreglando, pero...



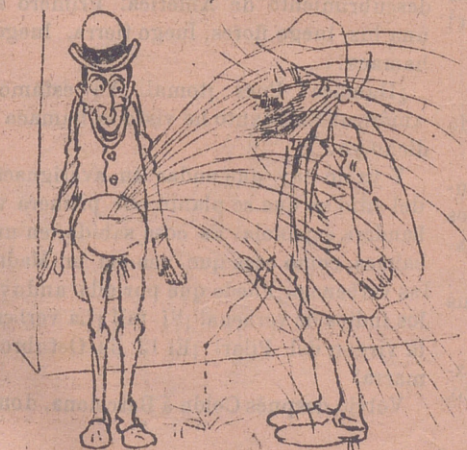
7.—Aún, aún hay sed.



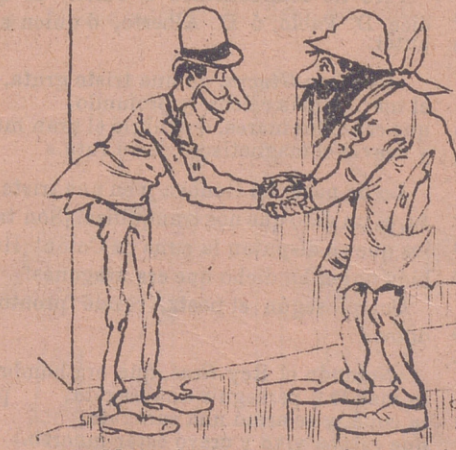
8.—¿Dinero? Para beber lo quisiera.



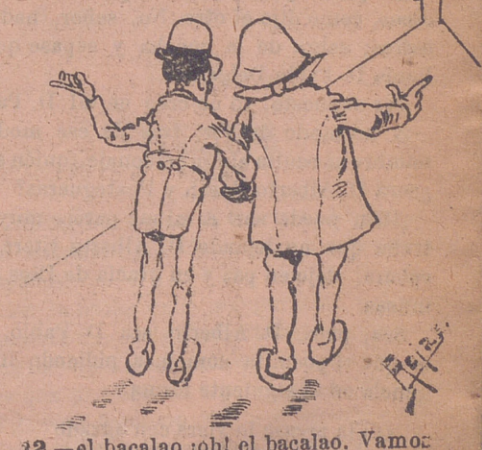
9.—¡Zás!



10.—¡Piffff!..



11.—Me ha hecho usted un favor, amigo, y se agradece, porque...



12.—el bacalao ¡oh! el bacalao. Vamos á comer unos pedacitos.

## CENTENARIO



ELLO es que con eso del Centenario nos hemos divertido todos á más no poder.

Todos, menos el infeliz D. Cristóbal Colón, á quien hemos dejado que no hay por donde cogerle.

Gracias á que él se ha estado quietecito en su tumba de la Habana, de donde no habrá

desaparecido, porque sus huesos no son de oro ni de plata, que si llegan á ser valores cotizables, ¡adios Colón!

Pero ya que no sus huesos, hemos cogido aquí su nombre, le hemos echado en una manta y, ¡arriba pelele!

Los estudiantes por un lado, los concejales por otro, los periodistas por aquí, los dibujantes por allá, los escultores por acullá, los confiteros por la derecha, los cómicos por la izquierda... en fin, escarmentemos en cabeza ajena, y Dios nos libre de la posteridad que á lo mejor saca un Luis Vidart y nos maja.

Para que vean ustedes lo poco apetitoso que es sobresalir del nivel común, les diré que los que más han querido enaltecer al ilustre genovés (que así le llaman por antonomasia), han sido los poetas y... más le valiera á Colón no haberse acordado del camino de las indias.

¡Qué odas, qué poemas, qué sonetos, qué romances, qué tapas y medias suelas poéticas andan por ahí!

A mis manos ha llegado un poemita escrito en verso, que parte los corazones.

Y si se le echa usted al bolsillo parte los bolsillos.

Y si le lleva usted en la mano le cae en el brazo.

En fin, ¿quieren ustedes que les sirva yo alguna racioncita del tal poema? Por supuesto, yo le ofrezco gratis y aún es caro. ¿Será fuertecito el manjar?

No quiero que el autor se quede en el ostracismo, como dijo el otro. No, señor, nada de ostras; salga de la concha y sépase que se llama D. Pablo Delgado.

Por supuesto, yo no creo en tal D. Pablo.

A mi modo de ver, tras de ese modesto nombre se oculta algún personaje, ¿quién será? ¿Será D. Alberto Bosch y Fustegueras?

¡Bien puede ser! A mí me parece muy extraño que no dejando D. Alberto títere con cabeza, deje en paz y en gracia de Dios á las musas.

Sea, pues, D. Alberto, sea D. Pablo, ello es que el poemita comienza pidiendo indulgencia en la siguiente forma:

«Si la prensa lo viera con agrado y el público acogiera este folleto, colmarían mis afanes por completo, que aunque no soy poeta, viví al lado.»

¿Al lado de quién? ¿Al lado de algún poeta? ¡Vaya usted á saber! ¡Hay tantos! Catalina... Carulla... Cánovas...

Ahora, señores, un poco de silencio que comienza el poema.

«Alla en el siglo quince, no es un cuento, sintióse hablar de un joven muy elocuente, emprendedor, enérgico y valiente, siendo posteriormente un gran talento.

»Se trataba, decían, de un invento, de una cosa difícil, de un gran puente que desde el uno al otro continente abriera paso á todo el firmamento.»

Dice el autor que la gente no creía eso.

Lo dudarían por lo menos, ¡es natural! ¡Un puente para que el firmamento pase de un continente á otro!...

Ello es que el puente está por hacer; pero... ande usted que todo se andará.

Y arremetamos con Colón:

«Pidió auxilio á una Reina bondadosa para explorar lo que en su mente hervía, y la Reina empeñó cuanto tenía, asombrando á la gente maliciosa.

»Era tan sumamente cariñosa que todos la aclamaban á porfía, y Colón sollozando repetía:

«Es una santa... casi es una Diosal!...»

Ya comprenderán ustedes que lo de decir que la reina empeñó cuanto tenía es una noticia obligada por la fuerza del consonante. No empeñó cuanto tenía, la quedó algo, pero, vamos, á la casa de empeños fueron las sortijas, las pulseras... porque entonces les sucedía á los reyes lo que hoy á los súbditos; no les daban dinero sobre su palabra sino sobre sus joyas y ropas en buen uso.

En cuanto á la admiración por la reina, no es extraño que la hubiera, puesto que ha llegado hasta nosotros, y ahí está Peña y Goñi que dice de Isabel I.

«Ella fué la verdadera llave del descubrimiento de América, ella quien tuvo la presciencia del suceso, ella quien en un rapto de desprendimiento genial opuso á la incredulidad y á la ignorancia las joyas que adornaban el pecho de la dama ilustre, joyas inmortales que representan el sublime arranque de lo femenino.»

Pero todo se puede arreglar haciendo á Doña Isabel un centenario, ¡por mí que no quedel!

Pero no abandonemos á Colón, de quien dice D. Pablo, ó D. Alberto, ó quien sea el autor:

«Nació en Génova, en una triste gruta, el marino más célebre y profundo, que cruzó los mares, descubrió el gran mundo y desvió el magnetismo de su ruta.»

Lo de nacer en Génova y en una triste gruta, es un dato que nos tranquiliza. ¡Son tantos los que se disputan la cuna de Colón! ¡Ha habido quien ha dicho que era aragonés!

Colón, según el poeta, reveló pronto sus dotes.

«Notando el Rey René, que era hombre exlo mandó á perseguir una fragata, perto, la copó, y se armó una zaragata, que estaba vivo y creyó estar muerto.»

«Hizo en Colón aquello mucha mella y dispuso al momento una encerrona; cambió la aguja, se fijó en la estrella, é ignorando todos la intentona, creyéndose que estaban en Marsella, se hallaron con asombro, en Barcelona.»

Por lo que se ve que las encerronas y las fragatas no son cosas tan recientes como han supuesto algunos.

Ni tampoco es cosa nueva el equivocarse, puesto que á Colón mismo le sucedió

«que estaba vivo y creyó estar muerto»

Cosas como esa hizo muchas Colón, puesto que andaba

«siempre cavilando, siempre entretenido, siempre su mente envuelta entre los mares.»

Es decir, que siempre tenía la mente húmeda.

Ello es que llegó á ver á la Reina, le dijo «lo que en su mente hervía», contestó Isabel con lo del empeño y se preparó todo para el viaje.

No sin disgusto, como muy poéticamente dice el poeta en estas sentidas estrofas, (y digo sentidas porque el que no las sienta no tiene corazón).

«Sufrió el pobre Colón mil vejaciones antes de emprender su primer viaje, pero era decidido y de coraje y despreció con valor á los chillones,

«No había por entonces Juanillones, pero abundaba la envidia y el pillaje, y á no ser por la Reina, el tal pasaje, no lo hubiera efectuado á tres tirones.»

Ya, vamos ¡ya! ¿Con que le efectuó á tres tirones?

Eso varía mucho.

Pero no divaguemos y adelante con el poema.

«Prosiguió, en fin, su marcha procelosa divisoando á las dos la luz opaca, luego flores... y tierra y... una hamaca... ¡cumplida está su obra tan grandiosa!...»

«Suena el cañón, y la bandera airosa queda clavada en medio de una albahaca, marcando el triunfo, posesión, estaca, por ser de España adquisición gloriosa.»

Esta manera de describir encanta, porque no produce el efecto de un suceso contado, sino el de un hecho que se presencia.

El que lee parece que está asistiendo al descubrimiento de América. Primero se ve una luz, luego flores, luego tierra, luego una hamaca...

¿Hamaca? Pues ¡toma! ¡Ya estamos en América! En cuanto he visto la hamaca lo he dicho yo.

Y ya no hay que andar en averiguaciones del sitio en que se plantó por primera vez la bandera española. Es cosa sabida, en una albahaca, como esas que venden en Madrid en las verbenas. ¡Puede que por allá anduvieran los indios de verbenal! ¡Sí tal! ¡La verbenal de la virgen del Pilar! ¡El 12 de Octubre! ¡No marra!

Volvió después Colón á Barcelona, donde

«se anuncia su regreso por carteles y el orbe entero ansioso le esperaba.»



Y pregunto yo: ¿quién imprimió los carteles esos? Fué cosa del Ayuntamiento aquél.

Eso de que se anunció el regreso por carteles me hace temer que el poema sea del señor Bosch. Es hombre que no comprende que pueda haber cosa en el mundo sin carteles. Que es lo que ha sucedido ahora. Se han hecho carteles para el Centenario, y aunque nada había que decir en ellos y nada han dicho, los carteles ahí están.

Y pido señores á ustedes permiso para dar fin á este articulejo, que sería tan grande como la paciencia de los madrileños, si hubiera de sacar á luz todas las bellezas del poemita.

Cómprenle ustedes, ya que sólo cuesta un real, y se vende en todas partes, y distraigan así sus penas, que la bondad de Dios se demuestra con que tras de un disparate de los conservadores, nos envía un poema para endulzar nuestras amarguras.

No quiero que la última palabra sea mía, sino del autor del poema que nos habla de un puente que quedará convertido en canal.

Al relatar el cuarto viaje de Colón, dice:

«Salió por cuarta vez á cerciorarse de un puente<sup>2</sup> que juzgaba indispensable, y Bobadilla, que era el Condestable, le prohibió tomar agua y atracarse.»

En la palabra «puente» hay una llamada que corresponde á una explicación que figura al pie de la página, y dice:

<sup>2</sup> El cual pronto se verá convertido en canal, cumpliéndose lo que él presintió entonces.

Eso de canales y puentes, ¿no es cosa de Ingenieros? ¿No dice Bosch que es Ingeniero? Pues no hablemos más. De Bosch es el poema!

MANUEL MATÓSES.

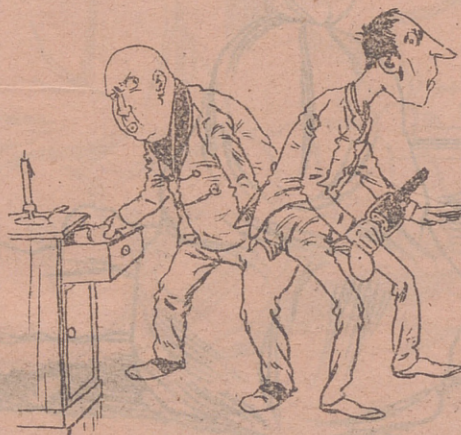
## LA SEGURIDAD EN MADRID



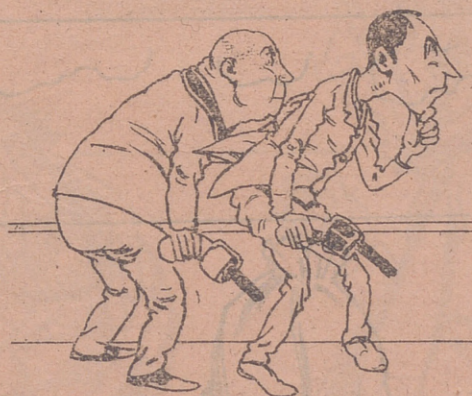
1.—Calle usted; me parece haber oído...



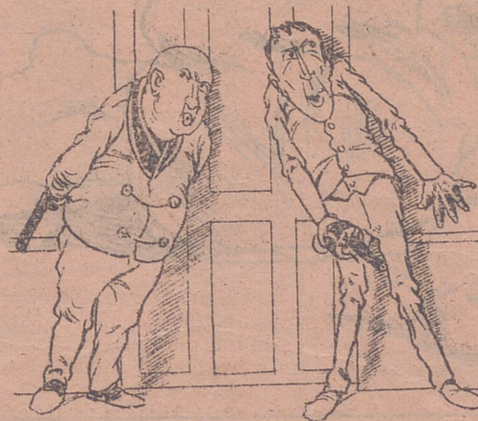
2.—No cabe duda; sí, ruido es.



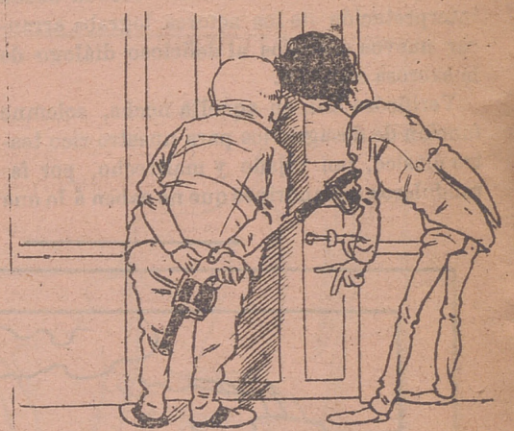
3.—Ladrones; ¡apostarí que son ladrones!



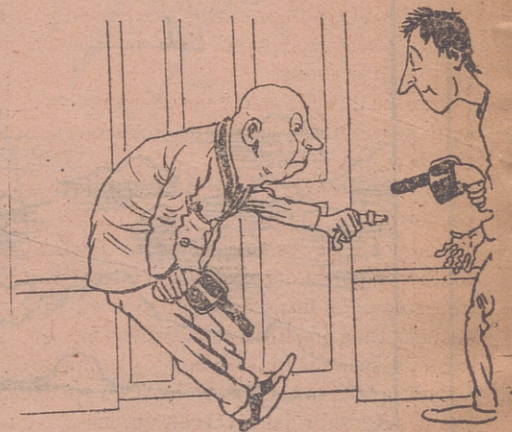
4.—Mucho cuidado, D. Cleto; por aquí...



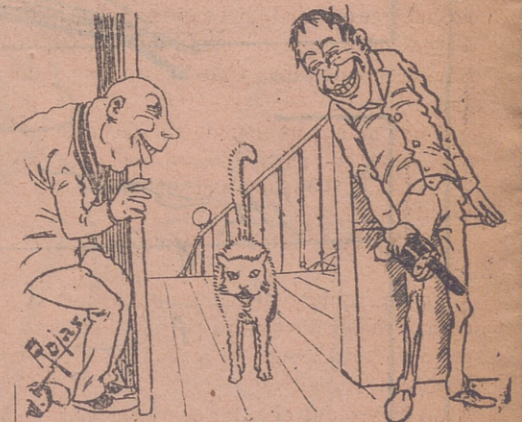
5.—Sí, aquí es. ¡Pretenden abrir!



6.—¿Oye usted? ¡¡¡La palanqueta!!!...



7.—Abra usted, ¡y sea lo que Dios quiera!



8.—¡.....!

## TEATROS

ESPAÑOL.—¡Así se «hacen» las comedias del teatro antiguo, de nuestro glorioso teatro español!

En la noche de la inauguración del teatro municipal, más ávidamente esperada este año que de ordinario por los múltiples incidentes que precedieron á su adjudicación, y por el general deseo de volver á ver sobre su tablado al único de nuestros comediantes, el público saboreaba con singular deleite todas las bellezas de la galana comedia que D. Pedro

Calderón tituló *Casa con los puertos...*, y regocijado y convencido de todas veras, aplaudía con entusiasmo cuantas veces la buena interpretación de los actores lograba arrancar nuevos destellos al delicioso diálogo de la sabrosa comedia.

Verificóse allí, en aquella noche, solemne función de desagravios para nuestro rico teatro clásico, tan vejado y maltrecho, por faranduleros malandrines que no saben á lo que

osan ni lo que enlodan, y en aquella noche, auditorio y comediantes, pudieron sentirse satisfechos de su buena obra... ¡Son tan pocas las veces en que esto ocurre! ¡Son tan escasas las ocasiones en que la gente de telón adentro piensa y siente como la de telón afuera, que bien vale la pena de mencionarlo.

Como la primera representación de *Casa con dos puertas*, fué una fiesta, no quiero perturbarla con distincos ni reparos. que ha-

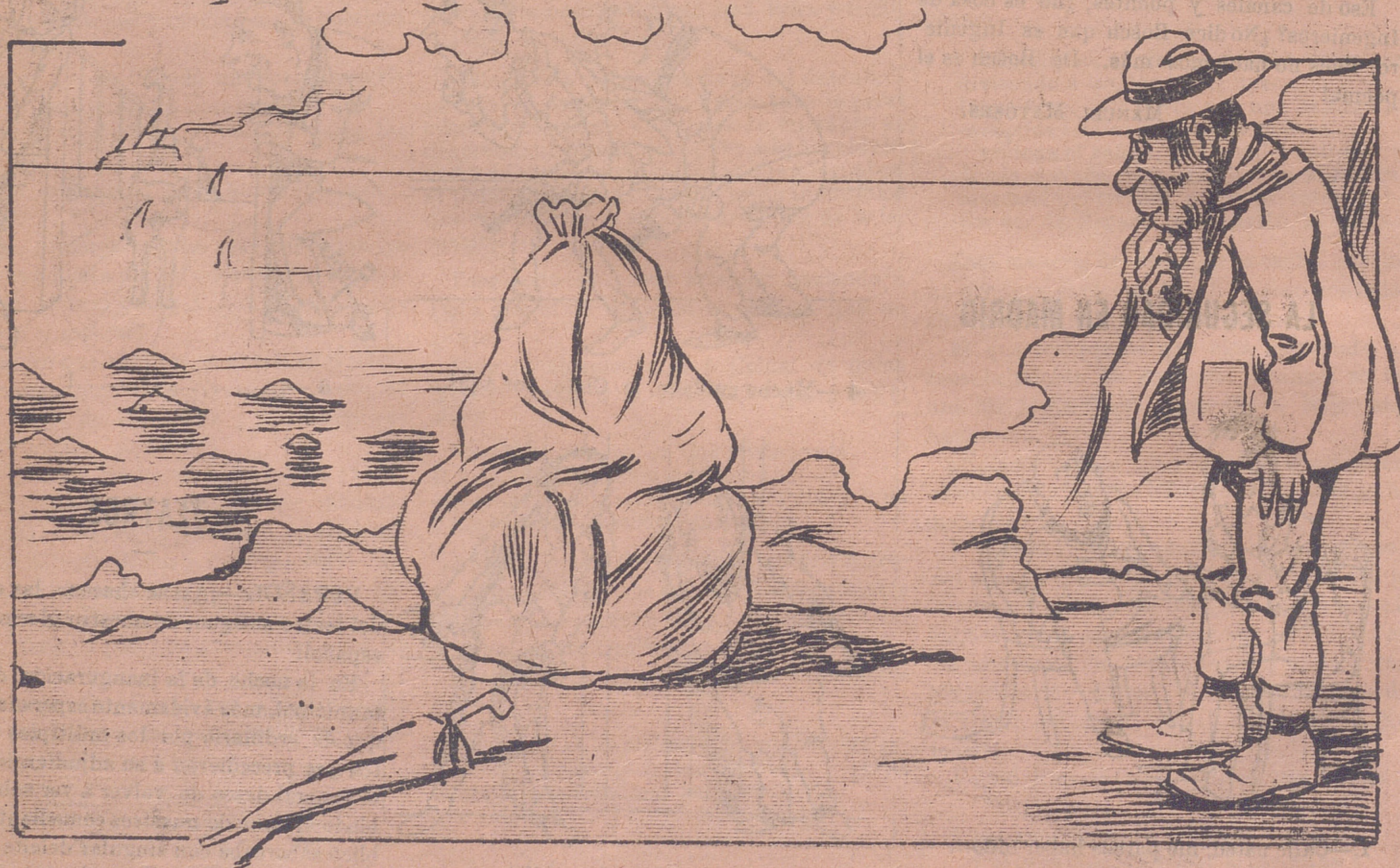
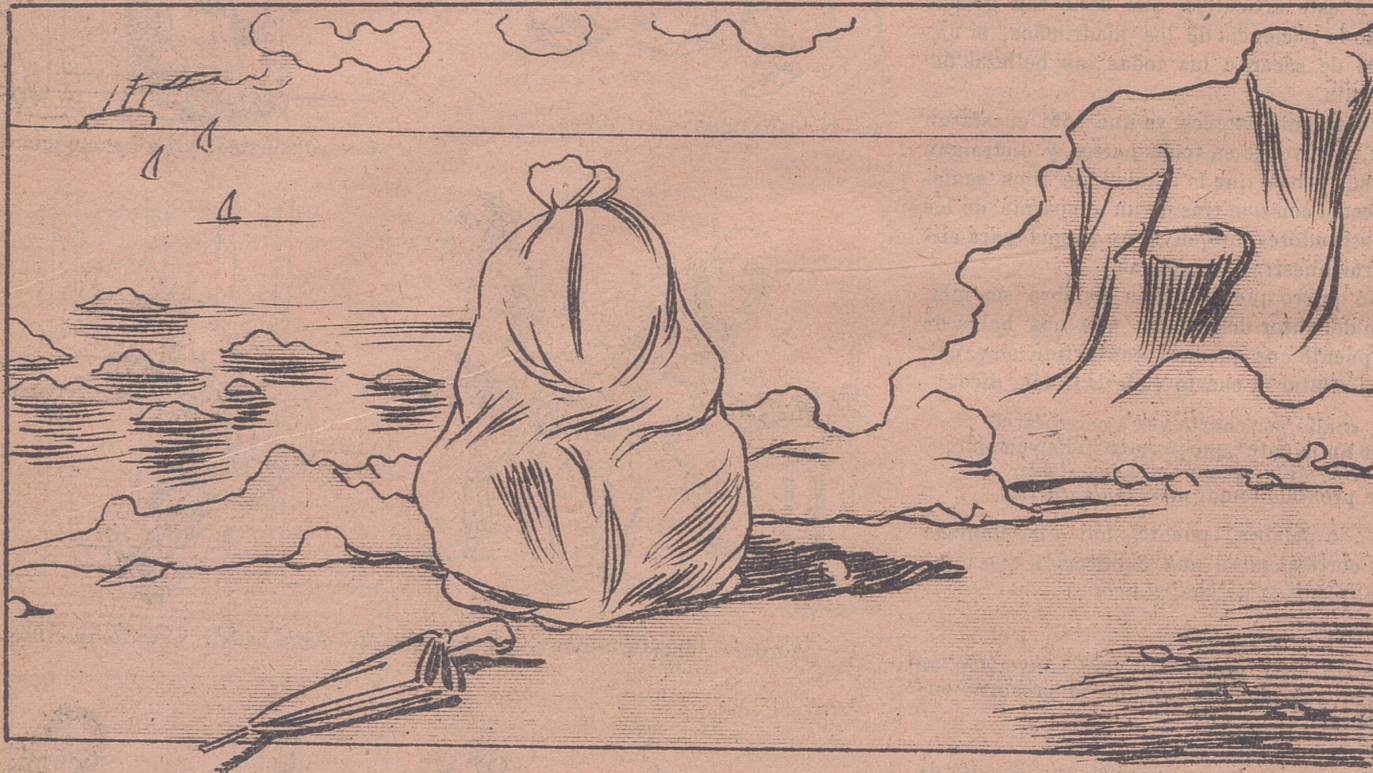
brá á caso tiempo de hacer cuando en el transcurso de la temporada se presente completa la compañía.

Reciba por hoy Antonio Vico mi cariñoso saludo.

¡Así se hacen las comedias del teatro antiguo, de nuestro glorioso teatro español!

LUIS PARÍS.

## UN HALLAZGO .



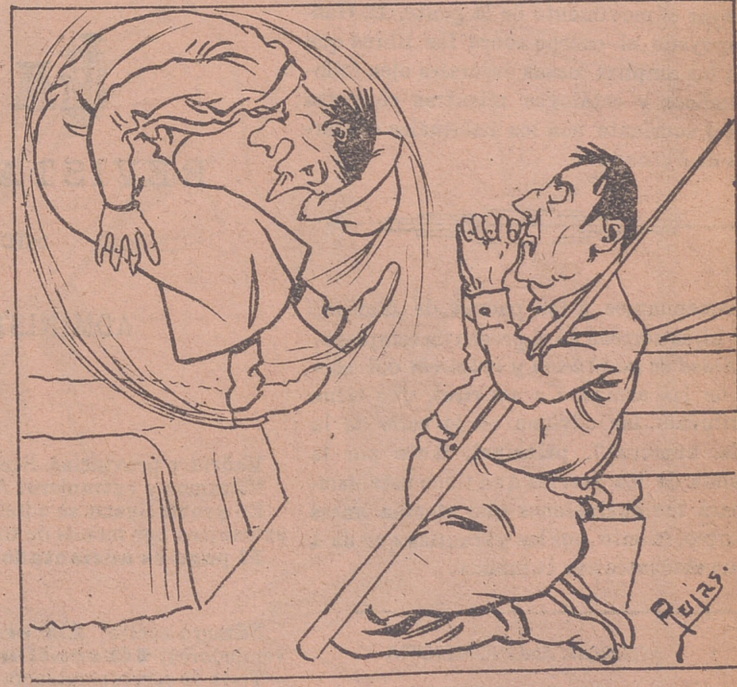
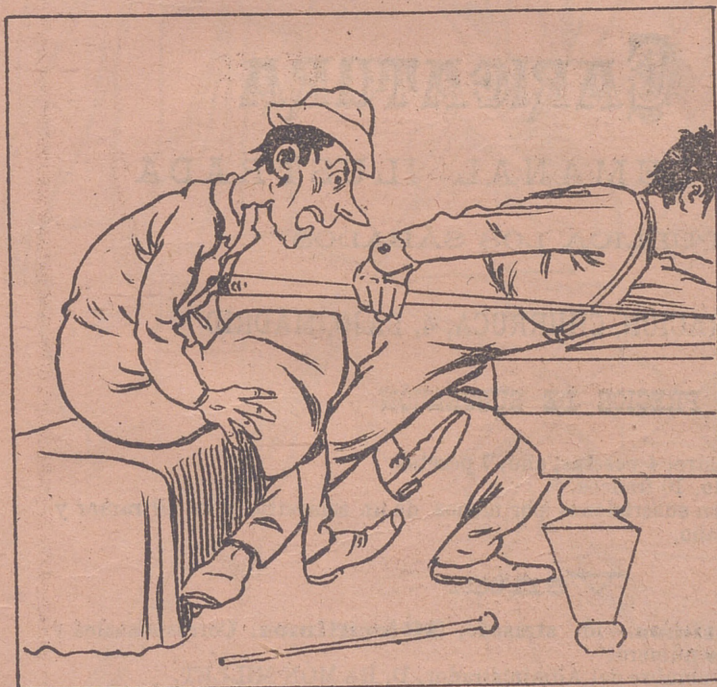
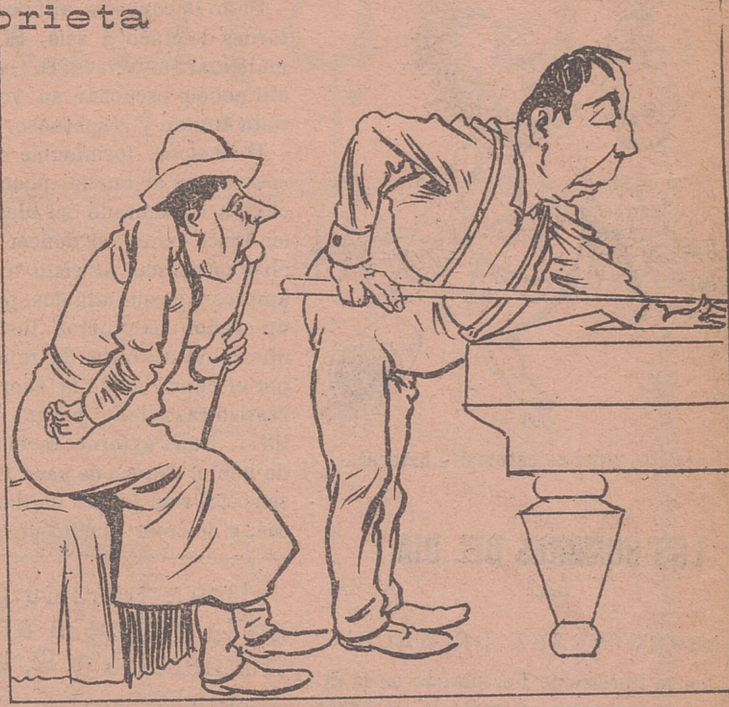
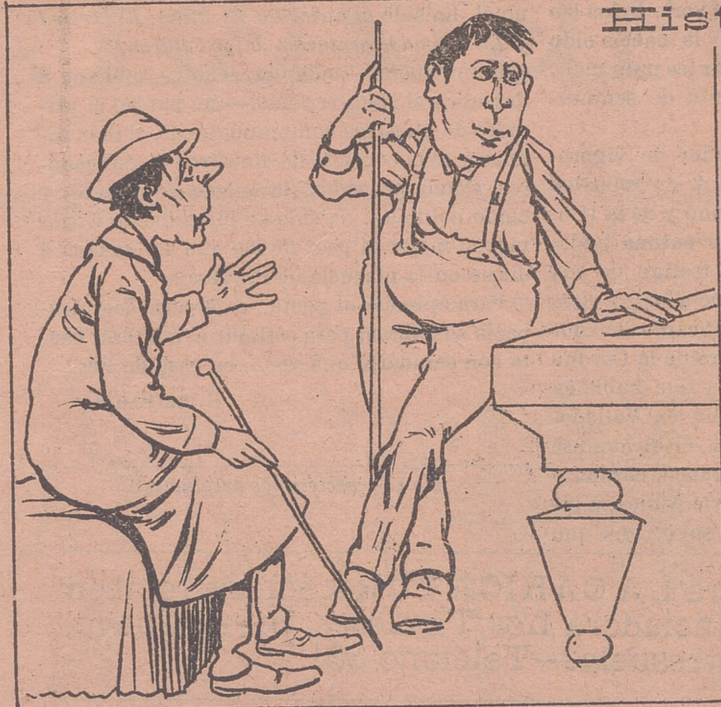


LOS HOMBRES DEL DÍA.



GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

Historieta



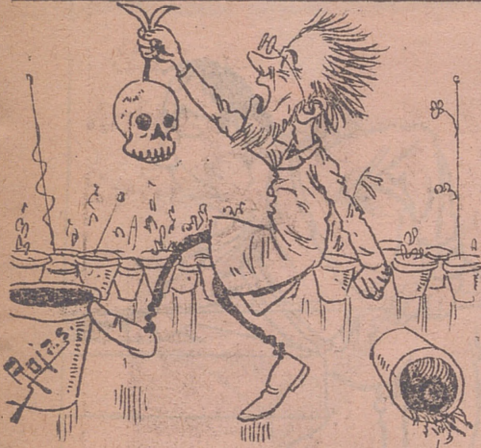
UN REGALITO



1.—De parte de don Pepe esto, y que los tenga usted muy felices.

2.—El diantre de Pepe; ¡cómo conoce mis aficiones! Voy a trasplantarla.

3.—Fuerte está. ¡Buenas raíces debe tener!



4.—Pero, ¿qué es esto? ¡Un azteca!...

## LOS HOMBRES DEL DÍA

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

Allí, en la librería de Fe, cuando en la ac-  
rrera de San Jerónimo, convertida en paseo,  
es mayor el movimiento de la gente, D. Gas-  
par, apoyado el cuerpo sobre los libros que  
llenan las amplias mesas laterales ojea folle-  
tos, índices y catálogos mientras conversa  
afable y sonriente con los habituales con-  
tertulios de Fernando.

Encomendamos á los padres de familia,  
cuyos hijos sorteen en el presen tereemplazo,  
la *Sociedad de sustitución y redención* del ser-  
vicio de las armas, *La sin rival*, que tiene  
constituídas las oficinas en la calle de la  
Abada, número 7, principal, tanto por la  
economía de los precios que tiene estableci-  
dos para las operaciones que efectúa antes  
del sorteo, cuanto por las garantías que da á  
los que contraten con la misma.

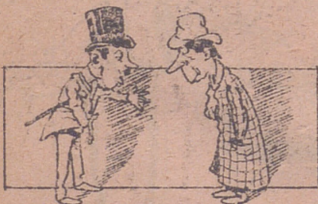
AGENCIA ANUNCIADORA

LOS TIROLESES

Barrionuevo, 7 y 9, entr.

MADRID

RÁPIDAS PROPAGANDAS



Si pretendes la chica  
te llevas chasco,  
pues no tienes sombrero  
de M. Carrasco.

26, CARRETAS, 26

Si no le conocéis, allí podéis verle todas las  
tardes de cinco á seis. Si no le habeis oido  
maltratar sus versos (D. Gaspar lee muy mal),  
allí podéis escuchar su vocecita de seminu-  
rista tímido y respetuoso.

D. Gaspar, formidable creador de vigor-  
osos versos, de anchos poemas y de robustos  
cantos, enamorado del Idealismo y de la Poe-  
sía lírica como un doncel que entona ende-  
chas purísimas al cielo azul testigo de sus  
amores y de sus anhelos, parece á *simple vista*  
un «señor cualquiera», insignificante senador  
que cobra cesantía de ministro de la Corona  
por el capricho de la suerte, y que habla en  
castizo castellano porque nació en Vallado-  
lid... Nada externo revela en él al hombre  
de genio. Carece de pose. Es franco, cordial y  
sencillo. Dan ganas de llamarle Núñez, á se-  
cas, y de creer que un primo suyo, otro que

no él, ha sido el autor de *El Idilio*, *El vértigo*  
y *La última lamentación de lord Byron*.

Como poeta, —¡cuidado, señores, que voy á  
descubrir el Mediterráneo!— Me parece el pri-  
mero de nuestros contemporáneos, el más so-  
noro y más correcto de nuestros versificado-  
res. Como pensador, le encuentro *arriéré*, y  
como político... ha sido un ministro de Ultra-  
mar ni mejor ni peor de los que se «usan» á  
diario en la plazuela de Provincia.

Para apreciar al poeta, es preciso leer des-  
pacio sus obras; para estimar al hombre, bas-  
ta con saludarle una vez... en casa de Fe.

LUIS PARÍS.

No se devuelven los originales.

Los anuncios para LA CARICATURA sólo se reciben  
en la empresa anunciadora Los Tiroleses, Barrionuevo,  
números 7 y 9, entresuelo.—Teléfono 331.

# LA CARICATURA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

ADMINISTRACIÓN, CHURRUCA, 4, BAJO, MADRID

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias: Semestre, 4 pesetas; año, 7 pesetas.

Ultramar y extranjero: Año, 10 francos.

En provincias no se admiten suscripciones por menos de un semestre, y en Ultramar y extranjero por menos de un año.

El pago es adelantado.

Venta.

Número suelto, 15 céntimos.—Id. atrasado, 30 céntimos. Corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Toda la correspondencia á nombre del Administrador, D. RAMÓN MILLET.

ANGEL PONS

Historietas.

300 DIBUJOS

3,50 PESETAS

Notas alegres.

300 DIBUJOS

3,50 PESETAS

Manuel Fernández Lasanta, Editor.—Ramales, 6.—MADRID

Lit-MENDEZ-Isabel la Católica, 25. Madrid.